LOS HIJOS DE ADAN,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

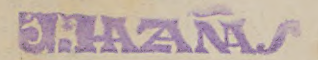
DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado en el Teatro de Lope de Rueda el 21 de Diciembre de 1869.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
ADELA	Doña Felipa Diaz.
AMPARO	Doña Josefa Hijosa.
DON LUIS	D. Manuel Ossorio.
DON JOAQUIN	D. Ricardo Morales.
EDUARDO	D. Emilio Mario.
DON JUAN	D. José Alisedo.
UN CRIADO	D. N. N.

La escena en Madrid y en nuestros dias.



ACTO PRIMERO.

Salon elegante. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, ADELA, AMPARO.

JUAN. ¡No he de hacer toda mi vida
el papel de Rodrigon!
ADELA. ¿Pero quién tiene la culpa,
de que este siglo traidor,
pródigo en artes, en ciencias,
en lujo, en ilustracion,
tratándose de maridos
vaya de mal en peor?
JUAN. Pero yo me voy cansando
de acompañar á las dos
á las tiendas y al paseo,
al café, al Circo de Paul,
á la revista, á la iglesia,
al baile, á la procesion,
y á todo cuanto hay que ver
desde que despunta el sol,
hasta que la media noche
toca el último reloj.
AMP. No se tiene impunemente
el derecho y el honor

de ser tio...

JUAN. Sí, y tan tio.

AMP. De dos niñas *com'il faut*!
Mamá sale poco ó nada
por su reuma y su tos,
y no es justo que nosotras,
de nuestra edad en la flor,
vivamos como reclusas
metidas en un rincon.
Ademas, para que usted
se vea libre de las dos,
y nos podamos casar,
que es su justa aspiracion,
hace falta que nos vean.

JUAN. Ya, sí...

ADELA. Y cuanto más, mejor!

JUAN. El buen paño bien se vende
encerrado en el arcon!

AMP. Eso era en aquellos tiempos
que no he conocido yo,
en que el paño se vendia
solo en la Plaza Mayor;
pero hoy lo que sobra es paño...
tela... es lo que falta hoy.
(Haciendo señas de dinero.)

JUAN. Cuántos novios has tenido
desde marzo?

AMP. Siete.

JUAN. Horror!

AMP. Y tú?

ADELA. Cinco.

JUAN. Y de los doce,
ni uno solo apechugó!...

AMP. Justo... conque qué seria
teniendo sólo uno ó dos?

JUAN. Pero si las dos sois guapas.

ADELA. Muchas gracias...

AMP. Es favor!...

JUAN. Y buenas, y lístas, ¿cómo
ninguno de ellos cayó?...

ADELA. De mis cinco, sólo uno
era como manda Dios,

buen mozo, valiente, rico;
pero más tunante... oh!...
si no soy tan lista...

JUAN. Chica...

ADELA. Estamos solos!

AMP. Pues yo
los he tenido á escoger...
uno de estado mayor,
otro estudiante de leyes,
un marino del Ferrol,
dos médicos, un notario,
y un empleado en los Docks.—
Mucho pasear la calle
y mucha conversacion,
y esperarme á la salida
de San Luis, y «por tu amor
no vivo,» y estar enfrente
chupando siempre el baston...
todos la mano me piden,
y al cogerla con furor
quieren llevarla... á sus labios,
á la vicaría no!

JUAN. Y vamos á estar así
esperando la ocasion,
que nunca llega, hasta el dia
del juicio?

ADELA. Cá! no señor.
Yo ya tengo uno al caer.

AMP. El mio tiene una tos
tan mala, que al preguntarle
que premio tendrá mi amor,
siempre me responde: «jem, (Tosiendo.)
qué costipado estoy yo!»

JUAN. Pues hay que mudar de táctica,
hay que engancharlos mejor,
hay que ver en qué consiste
que teneis tan poco don
para pescar un marido,
cuando otras que dan horror,
y asustarian al mismo
cochino de san Anton,
se casan todos los dias

con hombres de prez y pró.

ADELA. Es desgracia nuestra!... anoche
no vió usted que hasta esos dos
jóvenes, que de Sevilla
tanto les recomendó
su hermano, y de usted esperan
un importante favor,
apenas nos invitaron
á cruzar por el salon?
¿Bailó alguno con nosotras?
La mano alguno nos dió
al despedirse en la calle,
cuando ya es hoy de rigor,
que hasta la man o nos dé
el que nos despacha el gró?...
Créame usted, tio mio.
El matrimonio es ya hoy
cual la lotería; algunos
no pierden una extraccion,
y juegan toda su vida,
y ni un real: y otros sé yo
que al primer dia que juegan,
pum... agarrán el millon!

JUAN. Y entónces, por qué motivo,
una de vosotras dos
no admite el amor de Eduardo?

AMP. De nuestro primo, ¡qué horror!

JUAN. Por qué?

ADELA. Porque es un pollito
sin consecuencia...

JUAN. Eso no...
en la escuela diplomática
dicen que es de lo mejor!...

AMP. Un hombre que no se cuida
sino de sí mismo!

JUAN. Oh!
sois injustas!

ADELA. Y que lleva
consigo su tocador...
Ya el espejito, ya el peine,
ya el cosmético de arroz
para alisarse el cabello

ó para enseñar mejor
el prospecto de bigote
que saldrá en otra ocasion;
el uñero, el mondadientes,
el frasco de agua de olor,
en fin, todo el moviliario
de Fortis ó de Miró.

JUAN. Pero seria un marido...

AMP. De carmin y de almidon...:
á mí los de carne y hueso
me gustan más!

JUAN. Pues señor,
ustedes verán lo que hacen,
sobrinitas.—Lo que es yo,
desde primero de enero
presento mi dimision
de acompañante, y renuncio
al inmerecido honor
de teneros por Madrid
en contínua exhibicion.
Si os quedais solteras, bien;
si os casais, mucho mejor;
yo ni entro ni salgo.

LAS DOS. Pero...

JUAN. Yo, que soy un solteron
empedernido, y no quise
dar mi mano ni mi amor
á una mujer por ahorrarme
disgustos y ocupacion,
no he de ser en mi vejez
vuestro ayo y vuestro tutor.
Transigí al pronto, creyendo,
como era puesto en razon,
que casarse dos muchachas
era cosa fácil...

AMP. No;
sino muy difícil!

JUAN. Justo...
pasó un año, luego dos,
y va el tercero á caer;
basta de prueba.—Mejor
está ya vuestra mamá,

y de ella es la obligacion.
Que os saque, os traiga y os lleve,
que para eso se casó,
y es viuda, y tiene dinero,
y dos hijas como un sol.
Esta es mi última palabra
y mi determinacion.
Arréglense ustedes tres
como les plazca mejor,
y para empezar hoy mismo
á vivir con *sans façon*,
hasta la hora de comer
queden ustedes con Dios. (Váse por el foro.)

ESCENA II.

ADELA, AMPARO.

ADELA. Pegadas á la pared
nuestro tio nos dejó!

AMP. Pero es lo peor del caso
que tiene mucha razon!
Tú has cumplido veinticuatro,
yo cumpliré veintidos,
y si seguimos así
en esta vacilacion,
y no pescamos marido,
uy! me voy temiendo yo
que vestimos sin remedio,
y sin gana, que es peor,
á santa Rita de Casia
ó á la Vírgen de la O!

ADELA. Hermanita, ¡esto va malo!
por escoger lo mejor,
hemos tenido más novios
que plazas un batallon.
Dejamos á uno por tímido,
á otro porque se afeitó,
á aquel porque daba celos,
á éste porque bebe ron.
Y de fijo nos conoce
por nuestro adusto rigor

y melíndres, todo el gremio
solteril y solteron!

AMP. Pero si son tan indinos...
si hay hoy cada culebron
que en viendo que no hay de qué
se van sin decir adios!
Para qué perder el tiempo
y hasta dedicar su amor
á quien se ve desde luégo
que no busca bendicion?

ADELA. Hija, ahora que no hay ninguno
(Con malicia y en voz baja.)
que pueda escuchar mi voz,
te diré que si por suerte
llevara yo pantalon...

AMP. No lo digas.—Francamente,
(Tapándola la boca.)
lo mismito haria yo!

ADELA. Y qué hacemos?

AMP. Vida nueva:
despedir sin remision
á los actuales, á ménos
que no se expliquen mejor,
y no admitir ni una frase,
ni un papel, ni un rigodon,
ni una mirada siquiera,
ni un requiebro tentador,
sin que nos digan primero:
«matrimonio quiero yo!»

ADELA. Pero no civil...

AMP. Con cura,
y sacristan, y farol,
y hisopo, y sortija, y velo,
y cada amonestacion
que dicha en San Sebastian
se oiga en la Puerta del Sol.
Así y todo se van luégo,
conque digo á usted... si no...

ADELA. Y el primo?...

AMP. Ese nunca! un pollo
sin otra conversacion
que el traje de la duquesa

ó el éxito del tenor;
que no se arrodilla nunca
por no ajar el pantalon,
y que cuando empieza á hablarte
se queda así á lo mejor,
sacándose los botones,
(Estirando los puños de la camisa.)
ó limpiando su reló!...
Eso no sirve...

ADELA. Notaste
anoche la turbacion
de los dos recomendados
del tio?

AMP. Vaya, pues no!

ADELA. Acompañarnos á casa
sin que oyéramos su voz,
y sin que en toda la noche
dijeran más que *sí* y *no?*

AMP. Creí que no habias notado...
Á mí me hizo una impresion
su conducta, que he soñado
esta noche con los dos.

ADELA. Hija, hasta soñando á pares...

AMP. El caso me autorizó.
Cuando bajé la escalera
fingí dar un tropezon,
y me apoyé sin querer
en el más moreno.—Yo
creí que me sostendria
diciendo... pues no señor,
se hizo atrás y dijo: «así
se rompió un brazo Ramon.»

ADELA. Qué bárbaro!

AMP. Ya en la calle
el otro se me acercó;
y yo, porque me ofreciera
el brazo, como es razon,
le dije: «estoy tiritando,
mire usted mis manos.»—«Oh!
—me dijo él,—en el manguito
debe hacer mucho calor!»

ADELA. Ave-María Purísima!

AMP. Qué opinas tú de eso?
ADELA. Yo,
que hice, poco más ó ménos,
igual prueba con los dos,
y que ambos me dieron casi
la misma contestacion.
AMP. Es lo más raro que he visto!
ADELA. Y no son muy feos...
AMP. No.
ADELA. Y visten bien...
AMP. Y hablan mucho...
con los hombres...
ADELA. Y es que son
elegantes...
AMP. Y el más alto
tiene unos ojos...
ADELA. La voz
del más grueso es muy bonita...
Pero qué groseros!...
AMP. Oh!...
qué serán?...
ADELA. Ha dicho el tio
que son muy ricos, que son
de buena familia y vienen
á Madrid porque negó
el ministro la licencia
á no sé que explotacion
marítima y comercial;
y como el tio tiene hoy
vara alta en el ministerio,
á ambos los recomendó
su hermano desde Sevilla.
AMP. Mira, tan curiosa estoy,
que daba yo no sé qué
por verlos otra vez.
ADELA. Yo
los oí decir al tio,
hasta mañana...
EDUAR. (Entrando.) Qué horror
de calles... se pone uno...
ADELA. El primo... (chist.)
AMP. (No que no!)

ESCENA III.

DICHAS, EDUARDO por el foro.

EDUAR. Mira las botas... y eso
que ando siempre de puntillas
cuando hay barro... pero nada,
viene un carruaje.—Primitas,
os saludo.
ADELA. Á buena hora.
AMP. Se está pasando revista
de inspeccion!...
EDUAR. Y con el aire
todo el pelo se desriza..
ADELA. Vaya, acércate al espejo, (Á Eduardo.)
y arréglate un poco, niña!
AMP. Lleva siempre en la cartera
un frasco de bandolina!
EDUAR. Teneis los dos una gracia,
que me encanta y me electriza!
Vaya! anoche disteis golpe,
estabais las dos divinas!
ADELA. Conoces tú á los dos jóvenes
que han llegado de Sevilla,
y juntos se pasearon
sin bailar con nadie!
EDUAR. Chica,
ya lo creo...
ADELA. Ah!...
EDUAR. Cómo tengo
la corbata?...
AMP. Perfectísima,
como en los escaparates
de Plantey y de Codina.
ADELA. Y son...
EDUAR. Dos chicos muy guapos.
ADELA. Lo que es eso está á la vista...
AMP. Algo tímidos parecen.
EDUAR. Si tienen fama en Sevilla
de Tenorios!...
ADELA. Qué me cuentas!

EDUAR. Han tenido más conquistas...
El mayor se llama Lopez
y es ingeniero de minas,
y el más delgado es Joaquin
Arias, hijo de un bolsista—
adios, ya saltó el boton...
(Señalándose al guante.)
Amparito, ¿no podrias
cosérmele en un momento?

AMP. Aquí no tengo...

EDUAR. Una hebrita
de seda, una aguja... y yo...
en dos puntadas...

AMP. Encima
del costurero...

EDUAR. Verás...
(Se dirige al costurero y coge una aguja, seda y un boton.)
coso como una modista...
aquí tendrás tus botones.

ADELA. (Dos conquistadores, hija...)

AMP. (Pues no les hemos gustado.)

ADELA. (No puede ser...)

EDUAR. Y qué dia
me sacais de penas?

ADELA. Cómo?

EDUAR. Cuál de mis dos bellas primas
va á concederme su amor...—
si no tiene ojo esta indina...
(Enebrando la aguja.)

AMP. Si se marcha la doncella
te tomaremos.

EDUAR. Qué chica
tan mala... de este color,
así entre tórtola y lila,
es el traje que llevaba
ayer la de Fernandina!...
Conque quién me quiere más
de las dos?...

ADELA. (Por qué seria?...
estábamos feas!...

AMP. Yo...

creo que regularcillas...)

EDUAR. Adios, me pinché en el dedo! manché el guante.

CRIADO. Señoritas...

ESCENA IV.

DICHOS, CRIADO.

ADELA. Qué hay?

CRIADO. Don Joaquin Arias.

AMP. Qué!

CRIADO. Y don Luis Lopez: afirman que el señor los ha citado.—

ADELA. (Ellos.) Que pasen,—no digas que el tio está fuera... (*Váse el Criado.*)

EDUAR. Cómo! los dos de quien tú querias saber...

ADELA. Yo... ni una palabra de mis preguntas! (Querias verlos más, pues ahí los tienes... (*Á Amparo.*)

AMP. Puede que hablen más de dia.)

ESCENA V.

DICHOS, D. LUIS y D. JOAQUIN, *por el foro.*

LUIS. (Las sobrinas son.)

JUAN. (Y el tio? no está... ¿quién es este quidan?)

(*Saludo mudo de los cinco personajes.*)

AMP. (Pantomímicos estamos.)

ADELA. Caballeros!...

LUIS. Señoritas...

ADELA. Querian hablar al tio...

LUIS. Sí...

OAQ. Volveremos...

DELA. Qué prisa!... ha salido hace ya rato, y ha dicho... que si venian ustedes... que le esperaran.

LUIS. Ah!
ADELA. Pues!
AMP. (Qué bien mientes, hija.)
ADELA. Tomen ustedes asiento... (Pausa.)
LUIS. Gracias...
JOAQ. (Aparta la silla!)
AMP. ¿Y descansaron ustedes...
(Ellos decirlo debian.)
LUIS. Tú has descansado? (Á Joaquin.)
JOAQ. Yo sí,
y tú?
LUIS. Tambien.
EDUAR. (Ay, qué risa!
se contestan uno á otro,
y ni siquiera las miran!)
LUIS. Qué es eso?...
EDUAR. Que se escapaba
la seda.—Ya está...
ADELA. Visitan
ustedes á don Gregorio?...
JOAQ. Mucho.
AMP. Es su hermana política
nuestra mamá. (Pausa.)
ADELA. Qué frio hace...
LUIS. Le tienes tú?
JOAQ. Yo ni pizca!...
AMP. (Qué par de conquistadores!...)
ADELA. (Pues señor, es divertida
su conversacion...) Eduardo!...
EDUAR. (Y hoy me afeité!...) (Con el espejito.)
ADELA. Eduardo!
EDUAR. Prima...
ADELA. Estuviste mucho tiempo
tú con tu padre en Sevilla?
EDUAR. Año y medio.
ADELA. Y es verdad
que son muchachos de chispa
y alegres los sevillanos?
EDUAR. Lo mejor de Andalucía!...
Vaya!... son los más graciosos!
empiezan á echar cañitas
y á decir chistes y chistes...

AMP. Como aquí no hay manzanilla!...
LUIS. (Ni por esas!)
JOAQ. (No hagas caso!)
ADELA. (Esto es más que grosería!)
AMP. (Pues vaya un par de estafermos!)
JUAN. Oh! señores, buenos dias!...

ESCENA VI.

DICHOS, D. JUAN, por el foro.

LUIS y JOAQ. Señor don Juan...
(Dirigiéndose á él y hablándole.)
ADELA. (No son mudos
más que con nosotras, hija.)
EDUAR. (Qué serios están.)
JUAN. Doy gracias
á ustedes por su visita.
LUIS. Dispense usted si tan pronto
se la hicimos.—Nos obliga
el interés del negocio,
y esperan los accionistas
que por lo ménos los demos
una esperanza.
JUAN. Estas niñas
habrán distraido á ustedes...
JOAQ. Sí...
ADELA. Somos tan poco lindas
las madrileñas...
AMP. Tan sosas...
que los señores no olvidan
á sus paisanas ni aun
por pura galantería...
LUIS. Oh! no tal. . (Hombre, esto es grave!)
ADELA. Si usted no llega en seguida,
nos encuentra aquí á los cinco
dormidos en nuestras sillas!
JOAQ. Señorita...
AMP. Se conoce
que se aburren.
LUIS. Señorita...
ADELA. Para evitar su fastidio

los dejamos...
JUAN. Pero niñas...
ADELA. No se puede remediar;
cuando una cosa fastidia
se conoce, y no queremos
fastidiar á ustedes.
EDUAR. Primas,
yo tambien voy con vosotras...
ADELA. Mamá duerme todavía;
(Eduardo se va por la izquierda.)
entra á verla.—Caballeros...
AMP. (Sí, su conducta es rarísima;
aquí hay algo.
ADELA. Espera y calla!...
no hay que perder una sílaba.)
(Se van por la derecha.)

ESCENA VII.

D. JUAN, D. LUIS, y JOAQUIN.

JUAN. En efecto, es cosa rara...
que desde anoche noté ..
LUIS. Cuál?
JOAQ. No le comprendo á usté.
JUAN. Ni sus años ni su cara,
dan trazas de cenobita;
y usted no tiene el semblante
de temblar al ver delante
de usted á una señorita!
LUIS. No comprendo...
JUAN. En el salon
cuchicheaban las bellas
porque con ninguna de ellas
trabaron conversacion.
Y al venir con mis sobrinas,
que no son feas por cierto,
usted calló como un muerto,
y usté habló con las esquinas.
LUIS. Oh! no es digna esta cuestion
de que usted se formalice;
y aunque nada de esto dice

nuestra recomendacion,
y aquí nos trae un asunto
que otra idea representa,
le daremos á usted cuenta
del lance, punto por punto.

JUAN. No es ley mi curiosidad
á que someterse deben:
y aunque el secreto se lleven...

LUIS. De algo sirve la amistad.
Y no es bien mostrar rigor
cuando en ridículo estamos,
y cuando de usté esperamos
un importante favor.
Joaquinito, como espero
que el señor sea nuestro amigo,
perdona si se lo digo.

JOAQ. No tal.—Habla tú primero.

LUIS. Señor don Juan de mi alma.
Á la edad de la razon
sentí que mi corazon
empezó á perder la calma.
Y presa de mil antojos,
en mirando á una mujer,
siempre se echaba á correr
donde corrian mis ojos.
No hubo rubia ni morena
que no excitara su brío,
y de bueno ó mal trapío
la encontró de encantos llena.
Con esta aficion constante
á ese sexo encantador,
dicho se está que el amor
fué mi pasion dominante;
y que no hay en mi memoria
ni el rincon más escondido
en donde no haya vivido
alguna amorosa historia.
Pero es el caso, don Juan,
que así como aquel Tenorio
nos dió el ejemplo notorio
de su seductor afan,
y víctimas mil dejó

de sus contínuas locuras,
en todas mis aventuras
la víctima he sido yo.
Quién sedujo mi inocencia
y me dejó abandonado;
quién mi amor apasionado
despreció con violencia.
Una me tomó por cebo
para atraer á un celoso;
otra lo contó á su esposo,
que me puso como nuevo.
Esta tramó una celada,
y en una cita secreta
sacó un padre la escopeta
y el prometido una espada.
Aquella me juró amor,
y con otro galopin
entonaba en el jardin
el duo de *El Trovador*.
Y todas, de mil maneras,
con mil embustes y amaños,
llenaron de desengaños
mis treinta y dos primaveras.
Harto de tanto mal paso
y de tan dura porfía,
y tanto amor, dije un dia
(con perdon de usted): «me caso,»
y me dediqué á buscar,
con más afan que Colon
la América, un corazon
para llevarle al altar.
¡Ay don Juan del alma mia!
la cosa ya me importaba,
y yo siempre averiguaba,
y celaba, y descubria
aquí un lance... allí un enredo...
en este empleo de brujo
descubrí cada tapujo,
don Juan, que cantaba el credo...
Tras de una historia fatal,
un lance jamás creido,
hasta el último, que ha sido

el trueno gordo final.
El mayor mal de los males...
el cólera de quien huyen...
la bomba con que concluyen
los fuegos artificiales. (Pausa corta.)
Era una niña ideal,
rubia, blanca, candorosa,
con las mejillas de rosa
y los labios de coral,
hermosa, esbelta, elegante,
cuanto la pasion abarca.

JOAQ. Oh!... (Haciendo un gesto superlativo.)

LUIS. La Laura del Petrarca
y la Beatriz del Dante!...
Pues, señor, esa bribona, (Trancicion.)
que hasta se ruborizaba
cuando yo un dedo tocaba
de su sagrada persona,
estaba, y esa es mi pena,
en íntima relacion
con un tratante en carbon
de los de Sierra-Morena.
Y miéntras, entretenia
por las paredes del huerto
á un jovencito inexperto
por si yo la conocia.
Descubrí todo el pastel
por una criada ruin,
cuando ya tocaba al fin
de mi matrimonio cruel.
Y dije, huyendo aterrado:
«pues hay monjes en la Trapa,
ay corazoncito, tapa,
bastante te han desollado.»
No hay para ellas nada aquí;
y si junto á una me toca,
cruz en mano, punto en boca...
no hay mujeres para mí.
Pues sea ya mala ó buena,
la que excite mis antojos,
siempre leerá en sus ojos:
«carbon... de Sierra Morena.»

JUAN. Aunque es raro, ya me explica
esa historia su desvío;
pero y usted, señor mio!

JOAQ. Yo era el otro de esa chica. (Con candor.)

JUAN. Quién?

JOAQ. El muchacho inesperto
que siempre la respetaba,
cuando se me desmayaba
por las paredes del huerto!

JUAN. Hombre!

JOAQ. Mi primer amor,
mi única ilusion primera!
mi ídolo,—mi carbonera! (Transicion.)

JUAN. Todas no son...

JOAQ. No señor;
más yo no quiero acercarme
jamás á mujer nacida,
miéntras me dure la vida,
por temor de equivocarme.

JUAN. Oh! si una hermosa se empeña,
qué dirá usted á su amor?

JOAQ. *Sí señor*, y *no señor*,
como Cristo nos enseña.—
Los dos hemos hecho voto
de odiar y de aborrecer
hasta el nombre de mujer!

JUAN. Muy pronto han de verle roto!

JOAQ. Nunca!

JUAN. Tiene la beldad
tan poderosos influjos...

JOAQ. Pues qué, no hay monjes cartujos,
y viven?

JUAN. Eso es verdad!
Es fuerte la tentacion...

LUIS. No creas que yo...

JOAQ. No pienses!...
(Se dan la mano levantándose.)

LUIS. No.—Seremos dos trapenses
con gaban y con baston.
Si la hermosura es un mal
para el fin que apetecemos,
los dos nos protegeremos

contra ese sexo fatal.

JOAQ. Y si tú no sabes bien
defenderte de esas brujas,
yo seré tu guarda-agujas
en viendo que llega el tren.

LUIS. Y si es que tu corazon
comprometido se ve,
yo te descarrilaré
al llegar á la estacion!

ESCENA VIII.

DICHOS, ADELA, AMPARO, por la derecha con rapidez.

ADELA. Ustedes dispensarán;
pero mamá, que ha sabido
que de Sevilla han venido
y de su hermano sabrán,
dice que tendrá un placer
en verlos...

AMP. Eso se explica
fácilmente, y los suplica
que se queden á comer!

ADELA. (Muchacha!)

JUAN. Muy bien pensado!

LUIS. Eh!

JOAQ. Qué dice?

JUAN. Uno mi ruego...

ADELA. Contamos ya desde luego...

LUIS. (Qué tal son? las has mirado?)

JOAQ. Yo no!)

ADELA. Usted, que me parece
más amable...

JOAQ. (Chico, alerta...

LEIS. Muchas gracias... Creo que es tuerta...

JOAQ. Por la izquierda, no.)

AMP. No ofrece
gran distraccion nuestra casa...
no estarán como en Sevilla...
pero.

LUIS. (Puf, qué chiquitilla!

JOAQ. No es fea.)

LUIS. (Que eso no pasa,
no vale mirar...

JOAQ. No hay medio
si preguntan...)

JUAN. (Oh! si ha sido (*Á las dos.*)
el cuento más divertido...)

LUIS. Nos quedamos... (Qué remedio!)

AMP. Con eso nos contarán
encantos de su pais...

ADELA. (No los pongas en un tris,
porque mira que se van!...)

LUIS. (Recuerdas el cuadro aquel
de Theniers ó de Van-loó... (*Ap. á Joaquin.*)

JOAQ. Dime el asunto, que no
recuerdo bien el pincel.)

LUIS. Creo que es de Van-ostad,
y tiene en varias secciones
toditas las tentaciones
del buen san Antonio Abad...)

JOAQ. Le apuntan uno con su lanza...
y él teme que le desuelle.

LUIS. Y hay un diablo con un fuelle...
y una chica en lontananza.

JOAQ. Por eso dice la copla,
que aquí han traducido luego
del flamenco... el hombre es fuego...

LUIS. Eso es; viene el diablo y sopla.

JOAQ. Y eso, qué quiere decir.

LUIS. No entiendes mis alusiones?
que todas las tentaciones
las vamos aquí á sufrir.

JOAQ. Verás.) Pues esa señora
nos espera con afan,
deme usted el brazo, don Juan,
(*Le coge del brazo.*)
y vamos á verla ahora!

LUIS. No es justo que espere más,
hágame usted el favor.
(*Le coge el otro brazo.*)

ADELA. (Es solo por el honor
del sexo!

AMP. Atinada estás!...)

ESCENA IX.

DICHOS, EDUARDO, por la izquierda.

EDUAR. Dice la tia que espera
en su cuarto á esos señores...
LUIS. Pues vamos!
JOAQ. Con mil amores...
ADELA. Yo seré su compañera!
(Cogiéndose del brazo de Luis.)
AMP. No he de ser yo ménos... (Del de Joaquin.)
JOAQ. Ah!
LUIS. Es claro...
JUAN. Los cinco en ala
no cabemos en la sala...
(Se aparta y los deja de dos en dos del brazo.)
(Esto es otra cosa ya...)
LUIS. (Solo con esta mujer... (Ap. á Juan.)
JOAG. Se apoya que es un contento...
LUIS. Pero y nuestro juramento!...
JOAQ. Nada, morir ó vencer...)
JUAN. Quieres no peinarte más!...
ADELA. Está usted malo?
LUIS. Yo no. (Sin mirarla.)
AMP. Está usted temblando?
JOAQ. Yo... (Idem.)
LUIS. (Lo dicho,—jamás!...
JOAQ. Jamás!...)
JUAN. Esperamos.
ADELA. (Ya caerán!)
JUAN. (Van que el demonio los lleva!...)
LUIS. (Todas son hijas de Eva!) (Con miedo.)
ADELA. (Todos son hijos de Adan!) (Con seguridad.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.—Luces en las mesas.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS y JOAQUIN, salen corriendo por el foro.

LUIS. Chico, huyamos de esta casa.
JOAQ. Habrán notado tus señas!
LUIS. En un peligro inminente
está aquí nuestra inocencia!
No contentas con hacernos
beber de varias botellas
diferentes y sentarnos
á los dos al lado de ellas,
he sorprendido miradas
y guiños de inteligencia
entre el tio y las sobrinas...
Ay, Joaquinito, ¡ojo alerta!
JOAQ. Yo he tenido tal desgracia,
mejor dicho, tal torpeza,
que siempre que he colocado
mi mano sobre la mesa,
ó he ido á coger el cuchillo
ó á extender la servilleta,
con la mano de Amparito

he tropezado... es de seda!...

LUIS. Yo no sé cómo... diez veces
lo ménos sentí la suela
de su botita rozando
con mi pie, mientras Adela
me daba así con el codo
para pedirme manteca
ó aceitunas... he pasado,
de verdad, la pena negra!...

JOAQ. Y luégo era fuerza hablar,
reir de sus agudezas,
contestar á sus preguntas...
y hay que hacer justicia seca;
Adela es una mujer,
vaya... una mujer en regla...
tiene un cuneò al andar
y un... es mucha moza aquella!...

LUIS. Sí, pues la otra es una chispa...
un granito de pimienta...
te digo que nos larguemos
á otra parte con la orquesta...

JOAQ. Pero tú has notado, dices,
que se hacian el tio y ellas
guiños?...

LUIS. Y que nos miraban...
y sonreian...

JOAQ. No seas
malicioso; ellas no saben
nuestras memorias secretas,
y el tio no las ha hablado
á solas.

LUIS. Como tú quieras...
yo lo que sé es el refran
«no la hagas y no la temas.»
Ambos hemos decidido
no creer más en las hembras,
y huir de las ocasiones
en que marearnos puedan.
Joaquin, aquí estamos mal.

JOAQ. Pero...

LUIS. Tomemos la puerta!

JOAQ. Yo al ver que te levantabas,

y porque no conocieran
ni las sobrinas ni el tio
tu fruncimiento de cejas,
dije: «tenemos costumbre
de fumar de sobremesa,
y como mamá está mala...»

LUIS. Sí; la disculpa fué buena;
pero no basta; es forzoso
huir!

JOAQ. Pero nuestra empresa...
La concesion.—Si don Juan
no nos ayuda, se quedan
los socios... y si nos vamos
groseramente, no creas
que él va luego á protegernos!

LUIS. Eso es verdad... ¡qué vergüenza! (Transicion.)
acobardarse dos hombres
así, porque dos muñecas,
sean más ó ménos lindas!

JOAQ. Justo, y luégo tú exageras
y el amor propio te engaña:
ni habrán reparado ellas
en nosotros, ni en mirarnos
habrán pensado siquiera!

LUIS. Lo que es eso, poco á poco!
no en todas partes se encuentran
dos chicos de nuestra facha...
tú tienes buenas maneras,
y yo gracia natural
y felices ocurrencias.

JOAQ. ¿Conociste á don Modesto
de la Fuente?... Pues no eras
tú!

LUIS. La verdad, hijo mio,
nada tiene de inmodesta...

JOAQ. Si creerás tú que esas mozas
no habrán visto en esta tierra
veinte mil que valgan más
que tú?

LUIS. Ni media docena!
Pues hombre...

JOAQ. (El primo!)

LUIS. (Silencio.
JOAQ. Este muñeco me apesta...
LUIS. Conocer al enemigo
es muy importante... deja.)

ESCENA II.

DICHOS, EDUARDO, por el foro.

EDUAR. Aquí me vengo á fumar
tambien.—¡Una panetela!
(Ofreciendo un cigarro á D. Luis.)
LUIS. Gracias!
EDUAR. (Á D. Joaquin.) Un palillo!
JOAQ. No,
tengo ya limpias las muelas...
EDUAR. Mire usted que es una ópera...
(Ofreciendo otra vez el cigarro.)
LUIS. Aunque sea una zarzuela,
ya estoy fumando.
EDUAR. Un granito...
se pone la boca fresca;
es racahut de los árabes...
cada papel dos pesetas...
Ó quiere usté una pastilla?
LUIS. Muchas gracias.
EDUAR. Es de menta...
LUIS. Gracias.
EDUAR. Un *marron glacé*...
JOAQ. (Este hombre es una despensa.)
LUIS. Ya hemos comido...
EDUAR. Y qué tal
encuentran Madrid? no echan
de ménos animacion...
LUIS. Con muy corta diferencia.
Madrid es lo mismo siempre...
EDUAR. No lo crea usted, se emplea
hoy mucho mejor la vida!
LUIS. Hola!
JOAQ. Pues qué hace usted de ella?
EDUAR. Yo... lo que todos los jóvenes.
Verá usted—mi vida es esta.

Á las once me levanto...
y mientras uno se peina
y se lava, son las doce;
á esa hora, Eduardo me espera...

LUIS. Quien...

JOAQ. Eduardo...

EDUAR. El peluquero!
es chico listo... me afeita.

LUIS. El qué?

EDUAR. Cómo el qué? la barba.
(Pues vaya una impertinencia!)

LUIS. Perdone usted, no habia visto!...

EDUAR. Pues bien se conoce... es negra...
(Incomodado.)

JOAQ. Como se dejó los lentes
en Sevilla...

LUIS. Luego almuerza
usted?...

EDUAR. En el Europeo.

LUIS. Ya!

EDUAR. La cocina casera
me descompone el estómago.

JOAQ. Ah! sí,—y las vistas aquellas,
el callejon de Jitanos,
y el tio de las tachuelas...

EDUAR. (Se está burlando!)

LUIS. Y despues?

EDUAR. Vuelvo á casa á la una y media;
me lavo y peino.

LUIS. Y van tres...

EDUAR. Cojo la levita negra,
y á ver pasar las muchachas
bonitas por la Carrera
de San Jerónimo y calle
de Espoz y Mina, á las tiendas.
Entro en casa de Lardhy,
y tomo media docena
de pastelillos; al dar
las cinco á casa.—Se peina
uno, se lava...

LUIS. Y van cuatro.

EDUAR. Y á comer.—Luego á la Iberia

á tomar café, y despues
á los Bufos á ver piernas!

LUIS. Hombre, eso es grave!

JOAQ. Demonio!

EDUAR. Pues para eso las enseñan.
El traje de las coristas
marca ya la concurrencia.
Colegialas... falda así
por el tobillo... plateas
algun palco principal...
y seis butacas de orquesta...
Aldeanas... falda corta
por la mitad... delanteras
y butacas: de romanas,
broche aquí... y la falda abierta:
ocho mil reales lo ménos:
de pajes... (Señalando los muslos.) entrada llena!

LUIS. Magnífica observacion.

JOAQ. Es usted un calavera!
qué vida!

EDUAR. Hoy somos muy malos!

LUIS. Y sus primitas frecuentan
los teatros?...

EDUAR. No van mucho.

JOAQ. Tendrán tertulias caseras...

EDUAR. Algunas!

LUIS. Irán sus novios...

EDUAR. No señor... Ellas me asedian,
porque yo no soy más que uno.

LUIS. Ah! ya.

EDUAR. Y las dos me quisieran...
Me han dado celos con varios,
y me han echado indirectas;
pero yo... casaca, ¡nunca!
el hombre vino á la tierra
para vivir siempre libre...
para engañar á las hembras.

LUIS. Y para ir á los Bufos!

EDUAR. Eso es ..

JOAQ. (Le daba un... (Amenaza.)

LUIS. (Espera.)
Pues yo creí que sus primas

estarian ya en la brecha
para casarse...

EDUAR. Han tenido
ya muchos que las pretendan;
pero... estoy yo de por medio...

LUIS. (Será verdad?)

JOAQ. (Qué te inquieta?)

LUIS. Á mí, nada!

JOAQ. (No lo dudo...
Ya sabes lo que son ellas...
al ménos no es carbonero...
este se lava y se peina...)

LUIS. (Lo que es limpio debe estar
con tanta pasta de almendra.)
Pero su tio de usted
no viene...

EDUAR. La sobremesa
le gusta mucho... es el rato
en que en libertad le dejan.
Ya se ve, como es un hombre
de tan altas influencias,
á peticiones le aburren,
y le abruman y le asedian!

JOAQ. (Ya ves, está nuestro asunto
en sus manos.

LUIS. Una idea... (Ap. á Joaquin.)
llévate á ese mono,—ve
al comedor, y te arreglas
de modo que venga el tio;
yo le hablo al alma, y tú mientras
entretienes á las chicas.

JOAQ. Yo!

LUIS. Explotas á este babieca...
las haces reir... de lejos...
Yo en teniendo la promesa
de que don Juan nos protege,
entro por tí... y no nos pescan
aquí más—cuando queramos
verle, á la oficina.

JOAQ. Emplea
tu ingenio en despachar pronto,

LUIS. Lo haré!

JOAQ. No me comprometas,
que estoy allí solo.
LUIS. Vete.)
JOAQ. Y mi pipa? ya! en la mesa
(Buscando en sus bolsillos.)
la dejaria... La ha visto
usted?
EDUAR. Yo no!...
JOAQ. No? por fuerza!
la saqué al lado de usted.
EDUAR. No recuerdo...
JOAQ. Buena es esa!
y la tuvo usted en la mano!
EDUAR. Yo!
JOAQ. Sí tal.
EDUAR. Pues voy por ella!
JOAQ. Vamos los dos,—verá usted
como está en su servilleta...
(Se van por el foro.)

ESCENA III.

LUIS.

Esto es lo mejor, no es cosa
de marcharse, si se empeñan
en que las acompañemos
despues... Esa pobre vieja,
ni ve ni entiende, y las chicas
son bonitas y traviesas.—
¡Guarda, Pablo!... la mejor
es una esfinge... una fiera...
Lo que es yo... ya lo he jurado,
soy de estuco... soy de piedra...
y ni la Vénus de Milo,
aun con brazos, me hace mella. (Se sienta.)

ESCENA IV.

D. LUIS, ADELA.

ADELA. (Lo veremos.) (Acercándose sin que él la vea.)

LUIS. No que no!!
basta la leccion pasada;
á mí no me importan nada.

ADELA. Dónde?
(Hace como que busca algo, pasando por delante de D. Luis)

LUIS. Uy, Dios mio! (Levantándose.)

ADELA. Quién?

LUIS. Yo!

ADELA. Qué susto me ha dado usté!

LUIS. (No es flojo el que yo he llevado.)

ADELA. Como estaba usted sentado
no le he visto!...

LUIS. Ya se ve...

ADELA. Qué hace usted aquí tan solo?...

LUIS. Pasearme...

ADELA. En la butaca!

LUIS. (Toma!) (Dándose un cachete, y se sienta.)

ADELA. Quiere usté una hamaca?

LUIS. Dispense usted... (Soy un bolo.)
(Levantándose.)

ADELA. Y su amigo?

LUIS. Ha ido á buscar
á don Juan.

ADELA. Mi tio?

LUIS. Sí...

ADELA. Y usted se ha quedado aquí...

LUIS. Nos tenemos que marchar!

ADELA. Lo comprendo; aquí metidos
hace lo ménos tres horas,
con estas pobres señoras,
deben estar aburridos!

LUIS. Oh!... qué dice usted... (Luisito!...)
Sí, señora, francamente,
usted es tan indulgente...
que...

ADELA. Yo lo siento infinito.
Esperábamos que ustedes,
como está la noche fria,
nos hicieran compañía...

LUIS. (Ay! cómo tiende sus redes...)
Estamos acostumbrados

á pasar en el café
dos horas, y ya ve usté...

ADELA. Qué placeres tan ahumados...

LUIS. Cómo!

ADELA. Vamos, no presumo
cómo pueden divertirse
los hombres y no aburrirse
con aquel gas y aquel humo.
Y tanto salir y entrar,
y oir tanto mentecato.

LUIS. Á veces se pasa el rato
divertido en el billar...

ADELA. Otra diversion muy viva!
Estar cuatro hombres á solas
viendo correr unas bolas
mesa abajo y mesa arriba!
Vamos, si los hombres son,
por sus gustos y caprichos,
los más estúpidos bichos
de toda la creacion.

LUIS. Bendita sea su boca...

ADELA. (Tú volverás al redil.)

LUIS. Le doy á usted gracias mil
por la parte que me toca!

ADELA. Soy franca, un triunfo me cuesta
pasar cerca de un café;
llega hasta el arroyo...

LUIS. El qué?

ADELA. Un olor á hombres que apesta.

LUIS. Esa regla general
debe tener excepciones.

ADELA. Oh!

LUIS. Yo llevo pantalones,
señora, y no huelo mal!
Y si fueramos á oler...
de las mujeres en pos!

ADELA. Le doy más gracias á Dios
por haberme hecho mujer!

LUIS. Oh! sí, señora; lo creo.

ADELA. Por qué tal gusto en rigor?

LUIS. Por lo mismo que es mejor
ser el verdugo que el reo.

ADELA. Ah! el hombre es víctima?
LUIS. Lo es!
ADELA. É inocente?
LUIS. Claro está...
ADELA. Y le seducen?
LUIS. Quizá.
ADELA. Y le comprometen?
LUIS. Pues!
ADELA. Pues si él tiene la eleccion,
y el oro, y la iniciativa,
y no deja mientras viva
su voluble condicion,
y goza de libertad
no dándonos ni los restos,
y escala todos los puestos
del mundo y la sociedad;
si tiene siempre en tutela
á la mujer vergonzosa,
como hija, como esposa,
como madre y como abuela;
si habla, mira, rie, ve,
sin verse sacar á plaza;
si tiene el juego y la caza,
y el caballo y el café,
y va por el mundo entero
alcanzando los amores,
y el poder, y los honores,
y la gloria, y el dinero;
si es el hombre, en conclusion,
quien no se sacia jamás,
qué demonios quiere más
el grandísimo bribon?
LUIS. Y si es la *débil* mujer,
la que impone condiciones,
y guia nuestras acciones,
y explota nuestro poder,
y compra galas y trajes
con nuestro eterno sudor,
y por fingirnos su amor
exige galas y encajes;
si renegando del hombre
y de su destino fiero,

maneja nuestro dinero,
nuestro hogar y nuestro nombre;
si fingiendo esclavitud
siempre nos saca de quicio,
siendo mala con su vicio
y buena con su virtud;
si manda, suplica, llora,
y es, aunque no lo parece,
tirana cuando aborrece
y tirana cuando adora,
cuál es la debilidad
de ese sexo encantador,
que cuando engaña mejor
finge mejor la verdad?

ADELA. Tirano, injusto y cruel
es sostener tal querella.
¿Por quién es buena? por ella;
¿por quién es mala? por él!
¿Cuál es, por bueno que sea,
el hombre que, sin querer,
al mirar á una mujer,
conseguirla no desea?
¿Qué hombre hay, por bueno y honrado,
que viendo á una jóven bella,
no diga al fijarse en ella:
«vamos á tentar el vado?»
¿Cuál es el señor marido
que no expone por cualquiera,
el bien de su compañera,
la paz de su hogar querido?
Dónde está el casto José,
que si una mujer le mira
solamente, ó si suspira,
la dice: «perdone usté?»

LUIS. Aquí.

ADELA. Cómo!

LUIS. Yo! Señora...
en otro tiempo no digo...
la verdad, he sido amigo
de ir tras ellas... pero ahora,
ya pueden ponerse en cruz
todas las bellas del mundo;

las tengo un odio profundo!

ADELA. De veras?

LUIS. Y no doy luz!

ADELA. Y por qué?

LUIS. Porque tan buenas
como usted dice que son,
secaron mi corazon
á puro engaños y penas.
Porque todas me mintieron;
porque todas me engañaron;
porque unas me saquearon;
porque otras me pervirtieron.
Y porque todo mi ser
se estremece ya de horror,
en hablándome de amor
ó en mirando á una mujer.

ADELA. ¿Y tanto usted ha cambiado
porque cuatro desgraciadas,
ántes por otro engañadas,
en usted se hayan vengado?
No se haga usted ilusiones
ni finja aquí fortaleza,
no buscará con franqueza,
como ántes las ocasiones.
Pero si vienen rodadas
y alguna llega á gustarle
de veras, y á marearle
con sonrisas y miradas...
Si ella adivina su afan
y es virtuosa, honrada y bella,
irá usted loco tras ella
como buen hijo de Adan.
Para algo el Eterno quiso,
en su infinito saber,
colocar á una mujer
en medio del Paraiso.

LUIS. Pero segun la opinion
de un poeta que paz disfruta,
ella se comió la fruta
y él tuvo la indigestion...
Nada, que no me enamora
ni la mujer de más fuste.

ADELA. Usted creerá lo que guste...
LUIS. Que no me pescan, señora... (Pausa.)
ADELA. Supongo... es un suponer,
que usted me gustara á mí
y usted lo supiera..
LUIS. Sí?
ADELA. Qué haria?
LUIS. Yo, no creer...
ADELA. Y si yo, mujer honrada,
por esa crueldad sufriera
y de pena me muriera...
LUIS. No suponga usted ya nada...
No hay mujer en este mundo
que se muera por tan poco...
ADELA. Y hombre? hay alguno?
LUIS. Tampoco!...
ADELA. Pero si mi amor profundo
y mi conducta ademas,
le hacia cambiar de idea?
LUIS. (La cosa se pone fea.)
ADELA. No me creeria?
LUIS. Jamás!
ADELA. Y si yo de mi querer
el confidente le hacia...
qué haria usted?...
LUIS. Que qué haria?
lo que ahora—echar á correr!
(Se va corriendo por el foro.)

ESCENA V.

ADELA.

El lance es original...
y tiene gracia el indino ..
y habla bien... y no le pescan...
será posible?... ¡qué digo!...
Yo podré bien no gustarle,
pero con otra... de fijo
caeria... torres más altas
cayeron del edificio...
Otra sí... y por qué yo no?..

en materia de atractivos
los suyos tendrán las otras,
pero yo tengo los mios...
Ademas, yo que no tengo
el corazon decidido
por nadie... y que es meritorio
el traer al buen camino
á un jóven desencantado
que caerá si no de fijo
en un celibato crónico...
Y si yo que ahora me rio,
me intereso... y llego á amarle...
y vencerle no consigo...
Tan poco vale mi cara?...
ó será que no la visto!
Oh! cuando huye es que me teme!...
En no dejando á su amigo
salir... él volverá luego...

AMP. Sola!
ADELA. Sí!
AMP. Y el enemigo?

ESCENA VI.

ADELA, AMPARO, por el foro.

ADELA. Hemos tenido una escena
deliciosa... no me ha dicho
la historia, pero ha jurado
aborrecer...
AMP. Y se ha ido?
ADELA. Viendo que yo le miraba
de cierta manera el pícaro
huyó...
AMP. Y tú no sabes más?
ADELA. Qué!
AMP. Bah! á que si está conmigo
no se marcha!...
ADELA. Mucho vales,
pero hija mia no atino
qué más puede una mujer
hacer que lo permitido

para detener á un hombre!...

AMP. Pues mira... yo tengo al mio
en dos minutos á punto
de pegar un estallido.

ADELA. Cómo!

AMP. Ajando su amor propio
del modo más ofensivo...
en fin, esa es cuenta mia...
tú sigue por tu camino.

ADELA. Ayúdame procurando
que no se vaya... su amigo
volverá por él.

AMP. Atiende...
dile á Joaquin que aquí mismo
le espera Luis, tú entre tanto
no dejes venir al tio
ni á Eduardo...

ADELA. Cuando escuchamos
todo su relato íntimo
esta mañana, escondidas
cada una el nuestro elegimos,
y juramos ayudarnos
hasta mirarlos rendidos
á nuestros piés.

AMP. Bien y qué?...

ADELA. Sigue el plan!...

AMP. Que si seguimos?...
primero mato á los dos
que dejar nuestro designio!
Conquistas de hombres que á todas
las dicen siempre lo mismo,
al volver de cada esquina
puede una hacer veinte y cinco;
pero mirar subyugados
y pedir perdon á gritos
á dos hombres que maldicen
del sexo en que hemos nacido,
y que aborrecen las faldas,
y que huyen de nuestros mimos,
eso es algo!...

ADELA. Tú confias...
en conseguir...

AMP. Si confio?...
Pues á tener yo tu empaque
y tus ojos y tus brios
ó miraba aquí á los dos
besando el suelo que piso
y diciendo «yo te adoro,»
ó los rompia el bautismo!
ADELA. Hay que aprovechar el tiempo...
AMP. Mándame á don Joaquinito!
L'union fait la force.
(Dándola la mano con energía.)
ADELA. Me gustas!...
AMP. Á mí me pasa lo mismo.

ESCENA VII.

AMPARO.

Pues no faltaba otra cosa
sino que esos caballeros,
escamados ó groseros
rechazaran á una hermosa!
Y luego en loca alharaca
hablaran de las mujeres
mil horrores! que si quieres!
Porque no nos den matraca
¡casaca!
Yo soy la que ménos valgo
y ya mi venganza toco:
verlos rendidos es poco,
verlos casados es algo.
Desprecian á Inés y á Paca,
á la bonita á la fea...
á nosotras?... esa idea
de mis casillas me saca
¡casaca!
¿Es la mujer el demonio
y hay que huir de sus sonrisas?
Ya se lo dirán de misas
en el santo matrimonio!
¿Odiais la gorda y la flaca,
no quereis pensar en bodas,

qué será la que es alegre
y atrevidilla y burlona!

AMP. Mejor mil veces será
con toda su picardía!
donde no hay hipocresía
se ve por donde se va!
No quiera con un enredo
ocultar sus pareceres,
ni usted odia á las mujeres,
ni á ninguna tiene miedo...
Usted... es naturalmente
un jóven fino y amable,
pero poco impresionable...
casi casi indiferente...
El amor no le hace mella
ni teme usted su flechazo...
Llevaria usted del brazo (Le coge del brazo.)
á una chica alegre y bella
un mes, sin mirar su traje...
ni sus ojos... sin ningun
inconveniente... como á un
compañero de viaje...

JOAQ. Lo que es...

AMP. Y aunque tropezara
la pobrecilla sin ver
por dónde iba, y sin querer
en su brazo se apoyara...
nada!...

JOAQ. Yo...

AMP. (Si no te atufas...)
Y usted nada la diria...
lo más la convidaria
usted á horchata de chufas!...

JOAQ. Pues se equivoca usted mucho...

AMP. Mejor es ser en conciencia
un hombre sin consecuencia...

JOAQ. Lo que es eso... (Y yo lo escucho!...)

AMP. No hay para una mujer nada
más grato que un hombre así...
la ve peinándose y...
ni se pone colorada...
No puede echarse un boton...

don Fulano, ponga usté...
se desata un lazo... el pie
se pone en un escalon
y se dice, amigo mio. .
dé usted tres vueltas ó cuatro...
Escotada en el teatro
al salir se siente frio
y los hombres por mirar...
Con un hombre como usté
se dice «Fulano» ¿qué?
me quiere usté colocar...
Va con él á pie ó en coche
en la mejor armonía
lo mismo en medio del dia
que á las doce de la noche.
Sin que la maledicencia
clave su dardo profundo...
y se va hasta el fin del mundo
en la mayor inocencia.

JOAQ. Sabe usted señora mia...

AMP. Me quiere usted apretar
la cinta de este collar?...

JOAQ. Con gran gusto.—Apretaria... (Aprieta)

AMP. Ay!...

JOAQ. Dispense usted.

AMP. No es nada...

JOAQ. (Si ha entendido mi respuesta.)

AMP. Ya veo que está una expuesta
con usté á morir ahorcada!

JOAQ. Nada más?

AMP. No creo... (Al fin...)

JOAQ. Oh!

AMP. Apriete usted la pulsera...

JOAQ. Qué mano! (La da un beso.)

AMP. Ay! quién creyera?

LUIS. (Que ha entrado ántes, imita al guarda-aguja)
Que descarrilas... Joaquin!

ESCENA IX.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Pasa...
JOAQ. Á tiempo vienes!
(Pasando al otro lado.)
AMP. (Él!
ha venido á lo mejor...)
Qué es lo que hace así el señor?...
LUIS. Soy el paso de nivel....
Ahora corre...
(Los dos se dirigen al foro.)

ESCENA X.

DICHOS, ADELA.

ADELA. Usted aquí...
(Á Luis deteniéndolos.)
cómo ha venido otra vez...
LUIS. Porque me dejé este pez,
y me le han pescado...
ADELA. Sí?
AMP. No hay duda, que el tal galan
es útil para un empeño!...
JOAQ. Señora, ya no soy dueño...
LUIS. No temas al qué dirán...
señoras... con mucha pena
dejamos esta ocasion...
ADELA. Lee en sus ojos... «Carbon.»
AMP. Y en estos... «Sierra Morena.»
LUIS. Cómo!
JOAQ. Qué!
(Volviéndose y mirándose uno á otro fijamente.)
ADELA. Ya entiendo ahora.
LUIS. Saben...
AMP. Con juicio pensaba!
sabia con quién trataba!...
JOAQ. No me falte usted, señora...
LUIS. Ven!...

ESCENA XI.

DICHOS, D. JUAN, EDUARDO.

AMP. Prímo del alma mia!
EDUAR. Qué es esto?
JUAN. Ustedes aquí
sin hacer caso de mí!
ADELA. Tuya es mi mano!
AMP. Y la mia!...
(Le cogen de los dos crazos.)
JUAN. (Oh!
LUIS. Qué lo hacen por despecho!)
EDUAR. Soy el más feliz mortal...
que me arrugais...
LAS DOS (Dejándole.) Oh!
JUAN. (Qué tal!... (Á ella.)
AMP. Son dos mozos de provecho!)
LUIS. Ya nos veremos mañana
temprano en el ministerio!...
(Á D. Juan.)
(Conocen todo el misterio.)
EDUAR. Ven tú!... (Á Adela.)
ADELA. Vete con mí hermana...
AMP. Déjame á mí...
LUIS. Usted creia (Á Adela.)
que nos iba á subyugar...
AMP. No se vaya á desmayar
el señor...
ADELA. Bueno estaria!...
JUAN. Los tratan á la baqueta!...
JOAQ. Ya volveré...
LUIS. Ven aquí...
EDUAR. Las dos se mueren por mí!...
JOAQ. Usted es una coqueta!...
LUIS. Hasta la vista...
JUAN. Bien va!...
LUIS. Já! já! já!
JOAQ. No mas visitas...
AMP. (Que hace un corro con Adela, D. Juan y Eduardo,

cogiendo en medio á D. Luis y Joaquin y cantando.)

Quién dirá que las carboneritas!...

LUIS. Pronto, huyamos! (Salen por el foro.)

TODOS. Já! já! já!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala pequeña en una casa de reunion.—Puertas al foro y laterales.—Candelabros y lámparas encendidas.—En el fondo se ve otra sala iluminada, por donde cruzan muchas personas elegantemente vestidas, y á lo lejos se escucha un piano.—Al levantarse el telon, entran por el foro D. Luis y Joaquin, mirando hácia atrás y como huyendo.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, JOAQUIN.

LUIS. Ellas son! ya están ahí...
JOAQ. Viniendo todos los martes,
y siendo ántes que nosotros
amigas de doña Cármen,
por qué habian de faltar?
LUIS. Ya no vienen, como ántes,
á bailar y divertirse,
sino á perseguirnos...
JOAQ. Dale!
Cuando hemos visto á don Juan
estos tres dias, ¿qué frase
nos ha dicho, hablando de ellas,
que pudiera interpretarse?

Ninguna! No hemos pisado
desde entónces sus umbrales...
Venimos hoy como el dia
que las conocimos!

LUIS. Tarde
me dirás que razon tuve
en maliciar y negarme
á venir al bailecito
de sus vecinas!... No trates
de disculpar tu deseo!
tú en vez de seguir como ántes,
huyendo las seducciones
de las femeniles artes,
piensas sólo, aunque lo niegas,
en aquel maldito lance
con que ambas nos obsequiaron
en su casa la otra tarde!

JOAQ. Y qué es tu temor si no
un miedo de los más grandes
por encontrarte otra vez
con aquella moza?

LUIS. Hace
cinco noches que no duermo...
que me persigue su imágen;
que escucho aún aquella risa...
Ay, Joaquin! que Dios nos salve
de sus garras...

JOAQ. Y eres tú
aquel hombre?... ¡que temblase
yo, que soy mucho más jóven!...

LUIS. Mira, en materia de edades
no discutas; cada uno
tiene la que más le place.
Déjame tener la mia;
yo no me meto con nadie!

JOAQ. Bueno; ten diez y siete años;
pero ten tambien carácter,
y recuerda tus bravatas!...
«Yo no temo al sexo frágil;
yo desprecio á las mujeres...
yo me burlo de sus planes...
yo las desafio á todas...»

Y á la primera que te hace
dos guiños, patas arriba...
te turbas... sales á escape.
¡Vamos, héroes como tú
se encuentran por todas partes!

LUIS. Es que estas madrileñitas,
tan sérias, tan elegantes,
con la muleta en la mano,
ni el Curro... dan unos pases...

JOAQ. Á tí al ménos no te han hecho
más que decirte unas frases
cariñosas, discutir
y tratar de conquistarte.
Pero á mí, la chica aquella
me ha capeado, y en grande,
y me ha dicho sin rebozo
lo que no se dice á nadie...
Y no me llamó Marica
porque hubo gente delante...
si no, ya estaba en camino
de ponerme un miriñaque!...

LUIS. Y son guapas!...

JOAQ. Y graciosas!

LUIS. Ya ves tú, ¡cuánto más valen
que la de...

JOAQ. Y el tal don Juan,
que jura que ellas no saben
por él...

LUIS. Como hablamos alto
y á ellas ya debió chocarle
nuestra conducta, estarian
metidas en cualquier parte
escuchando...

JOAQ. En fin, qué hacemos?

LUIS. No ceder... nada; ¡Dios sabe
si estas serán como todas,
y luégo... Valor, qué diantre,
que nos vean impasibles.
Nos abordan... Se las hacen
dos cortesías, é impávidos
continuamos adelante...

JOAQ. No; mejor es otra cosa...

que á su lado te acompañen:
me traes su perdon, y á casa,
Joaquin, que está malo el aire!

EDUAR. Pero usted se queda solo?

LUIS. Hay mucha gente, y es fácil
que me duela la cabeza...

EDUAR. Vaya, usted quiere arreglarse
al espejo, ¿quiere usted
mi peine?...

JOAQ. (Pero hombre. (Á Luis.)

LUIS. Dale,
que no quiero ir... yo adivino
sus proyectos... no me place
esa mujer...

JOAQ. Lo que temes,
infeliz, es que te enganche...

LUIS. Pues quien quita la ocasion,
Joaquin... ya quita bastante.)

JOAQ. Vengo en seguida...

LUIS. Te espero,
cuidado, no te resbales.

JUAN. Que usted se divierta, amigo...

EDUAR. Le hacen á usted falta guantes?
no se apure usted por eso,
yo llevo siempre tres pares.
paja...

LUIS. No; ese es para usted!...

EDUAR. Lila...

LUIS. Sí... usted... No se canse...

EDUAR. Hasta despues... me han peinado
hoy de un modo detestable...

JOAQ. Yo la haré modificar
su opinion, aunque sea en balde!...
pasar por *memo* otra vez,
mejor quiero que me maten...

ESCENA III.

LUIS.

Vé, pobre víctima,
ponte á sus piés,

sufre sus burlas,
oye otra vez
sus carcajadas
y su desden!...
Y cuando intrépido
quieras volver,
al buen camino
que te tracé,
ya te habrá envuelto
lista en la red,
en donde el hombre
deja la piel!...
Yo soy más sátrapa,
ya me escapé.
Y á mí ninguna
me podrá hacer,
que diga luego:
«Señor, pequé.»
Yo en altas voces
sé sostener,
que sin mujeres
se está muy bien.
Y que en sus garras
al hombre ve
perder su dicha
y su placer,
calma, dinero,
ventura y fe!
Que son hermosas,
¡bien puede ser!
Que tienen gracia,
que pisan bien,
que por sus labios
destilan miel,
que al ver su grato
dulce vaiven,
el pobre roba
y abdica el rey.
Todo eso es cierto!
¿No lo ha de ser?
Pero yo en cambio
siempre diré...

que la que ménos
engaña á tres,
que en todo marchan
de mala fe,
y por la farsa
tal su gusto es,
que la morena
pinta su tez,
que la bajita
se da en poner
unos tacones
de medio pie;
que la delgada
nunca lo es,
gracias al forro
de su corsé
y al monumento (Señalando al polison.)
que da en mover
con la más grande
desfachatez...
Que hoy la pelona,
¿quién no lo es?
sabe ponerse
de sien á sien
un catafalco
tal de crepé,
que por la calle
las mira usted
equilibrando
el peso aquel
como la percha
de un japonés!
Y finalmente,
que en la mujer
todo es mentira,
todo es doblez,
cutis, carácter,
pelo, corsé,
caderas, labios,
ojos y piel!

ESCENA IV.

DICHO, ADELA, por el foro.

ADELA. Muy buenas noches
dé Dios á usté...
LUIS. (Ya no hay remedio,
caí en la red.)
ADELA. Que es de su vida?
No se le ve...
LUIS. (Pues si no es suyo,
le lleva bien.)
Tengo, señora,
tanto que hacer...
ADELA. Yo por su ausencia
me imaginé,
que la comida
del dia aquel
no les habia
sentado bien!
Tuvo usté un cólico?
LUIS. Bien puede ser...
fueron sus burlas,
el plus-café...
ADELA. Hay con las damas
que ser cortés.
Y como ustedes,
no sé por qué,
nos despreciaron
á su placer,
era muy justo
que yo tambien
riera un poco
de lo que sé...
LUIS. Ya... de la moza
del carbon...
ADELA. Pues!
LUIS. Cómo han sabido?...
ADELA. Recuerde usted,
que ustedes mismos...
LUIS. Yo...

ADELA Sí, usted y él,
nos repitieron,
que una mujer,
burlado habia
su buena fe...

LUIS. Mas no dijimos,
me acuerdo bien...
nada de... vamos...
de cisco,—eh?

ADELA. Quien con cisco anda
no extrañe usted...
manchado queda...

LUIS. No puede ser
que yo, señora,
me lavo bien...
eso no pasa...
su tio fué...

ADELA. Vamos á cuentas...
el lance aquel
los autoriza
en buena ley
para hablar pestes
de la mujer?...

LUIS. No fué solo esa
la que en su red
burló, señora,
mi buena fe.
Tuve otra novia
yo de Jerez,
que en una cita
que no busqué,
llevó escribano,
tinta, papel,
guardias civiles,
alcalde y juez.
Y al primer rasgo
de mi querer
díjo «socorro,»
y me encontré
entre la espada
y la pared.
Otra de Utrera

fingió acceder,
casada y todo...
calcule usted...
porque el marido
daba en correr
tras la sobrina
de un coronel.
Y cuando amante
me echo á sus piés
porque ella misma
lo dió á entender,
veo debajo
del canapé
salir un brazo...
y otro despues...
Era el marido;
su esposa fiel
para atraerle
á su deber
habia hecho
todo el papel!
De esas historias
tengo otras diez,
no hablemos de ellas...

ADELA. Sí, mejor es...
Por eso mismo
no debe usted
amar á nadie.

LUIS. Eso está bien.

ADELA. Pero mi amigo
bien puede ser...

LUIS. Claro.

ADELA. No hay causa
ni la daré
para que me odie
como á esas cien.
Yo no le gusto
como mujer,
y usted, de veras,
no me hace...

LUIS. Qué?

ADELA. Que no es mi tipo

para querer.

LUIS. Hola! y no se puede
saber cuál es!...

ADELA. Con un amigo
se puede ser
franca.

LUIS. Muy franca.

ADELA. No tiene usted...
buena figura.

LUIS. De veras, eh?
qué diantre!

ADELA. Y luego
la nariz es...
algo mas larga
que es menester.

LUIS. Eso no es falta...

ADELA. Es sobra...

LUIS. Pues.
(Me va cargando
esta mujer.)

ADELA. Mas para amigo
está usted bien...
un poco bajo...

LUIS. Me empinaré;
aunque no tenga
nada que ver
con mi estatura
su amor de usted.

ADEEA. Yo mis amores
le contaré...

LUIS. No me hace gracia
ese papel.

ADELA. Si usté á ninguna
ha de querer,
no le queda otro...
Á menos que
no se dedique
á recorrer
algun oasis
ó algun vergel,
en donde no haya
ni una mujer...

LUIS. Tanto como eso...
ADELA. Venga usted pues...
deme su brazo,
(Se cogen del brazo.)
no hay que temer,
Yo por ser hembra
le apesto á usted,
y usted me carga
como doncel.
Mas como amigos,
podremos ser
ejemplo raro
de afecto fiel.
Muchos al vernos
creerán tal vez,
que usté es mi esposo,
yo su mujer.
Usted los dice:
«no, yo juré
»ser libre siempre
»y así ha de ser.»
Y yo respondo;
«miradle bien,
»yo tan mal gusto
»no he de tener...»
LUIS. Qué? (Se suelta del brazo.)
ADELA. Para esposo,
ya lo expliqué:
si para amigo
está usted bien. .
¿Baila usted?
LUIS. Nunca!
ADELA. Lo mismo haré,
pasearemos
y podrá ver
á algunos que andan...
pasan de tres,
tras mí, cual moscas
tras de la miel,
muy buenos mozos.
LUIS. Ya... ya lo sé...
ADELA. Nada de boda,

bien hace usted,
se necesita
mucho valer
para que á poco
del primer mes
no apeste un hombre
á su mujer.

LUIS. Bonita máxima!

ADELA. La verdad es...
Valiendo mucho
no hay que temer.
Pero ahora, un hombre
de esos que hay cien,
adocenado,
vulgar, no sé
ni cómo piensa
ni cómo cree
que pueda amarle
una mujer!...

LUIS. Usted no baila,
pero habla bien.

ADELA. Con un amigo
no hay que temer...
la confianza...
Vámonos pues?...

(Le coge otra vez del brazo izquierdo.)

LUIS. (Firme, Luisito...)

ADELA. (Yo te haré ver
que por muy ducho
que el hombre esté...
como sepamos
llevarlo bien,
cae sin remedio
á nuestros piés!)
Cuando usted guste! (Con amabilidad.)

LUIS. Disponga usted. (Id.)

ADELA. En marcha.

LUIS. En marcha!
(Valor!) (Se persigna á escondidas de Adela.)

ADELA. (Triunfé!...)

ESCENA V.

DICHOS, AMPARO, EDUARDO, entran del brazo.

AMP. Dónde vas?
ADELA. Á dar dos vueltas
por el salon...
LUIS. Amparito...
AMP. Caballero... (Secamente.)
LUIS. (Pues la cara
de esta!)
ADELA. Ya somos amigos
don Luis y yo...
AMP. Como quieras...
de gustos no hay nada escrito...
LUIS. Sí?... pues... usted puede hablar...
AMP. Lo dice usted por mi primo?
EDUAR. Eh!
LUIS. Dios me libre!...
AMP. Le ruego
que si ve usted á su amigo
le diga que no me siga
persiguiendo... que he venido
huyendo de él... á esta sala; (Con intencion.)
que su disculpa no admito,
y que ni nos conocemos
ni nunca nos hemos visto...
ADELA. Yo se lo diré... descuida...
EDUAR. Espera... llevas cogido (Á Adela.)
el falso... y... (Se pone á arreglarle.)
ADELA. Un alfiler... (Queriendo dársele.)
EDUAR. No: yo tengo... ya está listo...
ADELA. Gracias...
LUIS (¿Y este es de los mozos
que á usted le gustan?... (Ap. á Adela.)
ADELA. No digo...
pero tiene buenos ojos...
LUIS. Ah! ya!
ADELA. Y es elegantísimo!)

ESCENA VI.

AMPARO, EDUARDO.

EDUAR. Pero me quieres decir
por qué plan que no concibo
me llevas toda la noche
lo mismo que un zarandillo?
Se te acerca don Joaquin
y le dejas allí mismo
con el saludo en la boca
y echas á correr conmigo
bailando un vals de dos tiempos
que me ha dejado rendido.
Vuelve á acercársete y sales
atravesando pasillos
y dándome por pretexto
que quieres hablar al tio.
Nos vuelve á abordar y exclamas
«qué pesadez, qué fastidio!»
Y aquí me arrastras—¿Me quieres
explicar á qué venimos?

AMP. Á que detrás de nosotros
le encontremos ahora mismo!

EDUAR. No le tenias ya allí
ansiando explicarse?...

AMP. Primo,
tú entiendes mucho de modas,
de peinados, de vestidos,
de cremas de tocador,
de filocomos, de rizos,
de arreglar falsos, de todo
menos de mundo, hijo mio!

EDUAR. Pero te interesa ese hombre
ó yo?

AMP. No lo has conocido?

EDUAR. El qué?

AMP. Mi rabia... En tu brazo
(Mirando al foro.)
saltar mis nervios no has visto?

EDUAR. Yo creí que te escurrias;

como este paño es tan fino...
treinta y cinco duros ¡hija!
¡Moreno es atroz!

AMP. (Dios mio,
y á esto le llaman un hombre!)

EDUAR. Pero qué tienes?

AMP. De fijo
voy á pasar mala noche...

EDUAR. Por mí no gastes cumplidos,
y si quieres desmayarte
hazlo... aquí tengo un frasquito
de agua triple de colonia
para lances imprevistos...

AMP. Nada...

EDUAR. Qué impaciente estás...

AMP. Ah! (Al ver á Joaquin en el foro.)

EDUAR. Qué es eso... ya ha venido?
huyamos! (Ofreciéndola el brazo.)

AMP. (Basta de prueba.)

JOAQ. (Que no la deje ese mico
á sol ni á sombra...)

EDUAR. Nos vamos?

AMP. Tienes el cuello torcido...
Vete al tocador...

EDUAR. De veras?
aquí!... (Queriendo arreglársele al espejo.)

AMP. Si se te hizo añicos
el boton. (Tirando de él y rompiéndosele.)

EDUAR. Qué contratiempo...

AMP. Vete pronto, allí escondido
lo arreglas.

EDUAR. Pero ese hombre...

AMP. Vé...

EDUAR. Tus nervios...

AMP. No hay peligro.
(Librarse de un tonto es
negocio dificilísimo.)

JOAQ. Se queda sola. (Bajando.)

EDUAR. Ah!... (Bajando.)

AMP. Qué quieres?...

EDUAR. Hija, dejarte el frasquito
por si te desmayas... ¡Diantre

de boton... estoy lucido!...

AMP. Llévatele para tí
y no vuelvas en un siglo...
(Comprendo á Saturno si eran
como este todos sus hijos.)

ESCENA VII.

AMPARO, JOAQUIN.

EDUAR. Gracias á Dios niñita
que está usted sola!...

AMP. Como está usted siguiéndome
hace una hora,
me he detenido
para saber la causa
de ese capricho.

JOAQ. No hemos vuelto á su casa
como era justo
por mil ocupaciones...

AMP. Yo no pregunto...

JOAQ. Pero yo debo
evitar que nos tengan
en mal concepto.

AMP. Para qué es esa farsa
y esa disculpa?
¿Por qué me va siguiendo?
¿por qué me busca?
¿Se ha arrepentido
de su retraimiento
retrospectivo?
En fin, ya le he escuchado,
estoy conforme;
admito sus disculpas,
muy buenas noches...
Besa su mano
su atenta servidora
y amiga... Amparo.

JOAQ. Postdata: Allá en Sevilla
dicen los majos:
«á un grillo se le escucha
(Con acento andaluz.)

y cuesta un cuarto.»
Yo no soy grillo,
no la cuesto á usted nada
y no me ha oido.

AMP. Me aplastó la postdata;
razon le sobra:
ya le estoy escuchando,
cante ested ahora,
aunque en Castilla
muchos parecen grillos...
y luego es grilla.

JOAQ. Deshacer esa idea
es hoy mi empeño,
no soy ni nunca he sido
corto de genio;
pero escaldado,
huyo del agua fria
como los gatos.
Como la carne es frágil
y hay tanto escollo
y una tiene buen cuerpo
y otra buen rostro,
y otra pie breve
y otra... el mismo demonio
que se las lleve;
es inútil que un hombre
jure y perjure
tener miedo de aquellas
que más le gusten,
pues casi todas
para gustar al hombre
se pintan solas.
Yo prometí á mi amigo,
para las bellas
tener forrada el alma
de gutapercha.
Y al ver sus ojos
se me derritió el alma
y luego el forro...
De modo que este grillo
que tanto canta
está para servirla

preso en su jaula,
y está esperando
que le eche usted comida
con esas manos.

AMP. Yo no sé si en Sevilla
los grillos tienen
dos ganchos en la boca
con los que muerden.
Mas por si acaso
no meteré en la jaula
mis pobres manos.
En fin, no más preguntas
ni más respuestas,
ahora que estamos solos
corte de cuentas.
Va usté á decirme
cuáles son sus principios,
cuáles sus fines.

JOAQ. Mis principios principian
en esos rizos
y en esos ojos negros
grandes y vivos,
y van mis fines
donde acaba la punta
de sus chapines.
De modo y de manera,
señora mia,
que como usté es tan corta
como bonita,
chiquita y mona,
mis principios y fines
la abarcan toda...

AMP. Pero por más que escucho
no está eso claro,
si el principio me abruma
me le echo á un lado;
si el fin me irrita
le aparto con la punta
de la botita.
De modo y de manera,
como usté ha dicho,
que no entiendo sus fines

ni sus principios.

JOAQ. Y usted los tiene?

AMP. Ya lo creo.

JOAQ. Veamos
si me convienen.

AMP. Mis principios principian
en esta sala,
nacidos al impulso
de dos palabras;
y toman luégo
con mi tio y mi madre
conocimiento.
Salen á los balcones;
van al teatro;
escriben sus cartitas
de cuando en cuando,
y el mejor dia,
es el fin de mis fines
la Vicaría.

JOAQ. No conozco las calles;
pero es seguro
que si usted me acompaña
iremos juntos.

AMP. De esa manera
vamos bien, que en mi casa
no hay carbonera!

JOAQ. Lo jura usted?

AMP. Lo juro.

JOAQ. Palabra?

AMP. Y mano!

JOAQ. Firmo.

AMP. Para esas firmas
aún es temprano.

JOAQ. Uno tan sólo.

AMP. Sea... basta. (*Le da varios besos.*)

JOAQ. Es que escribo
rúbrica y todo.

AMP. Pero yo le he gustado?

JOAQ. Al primer golpe!
Y yo...

AMP. Me ha hecho usted gracia,
y usted perdone!...

JOAQ. En confianza...
¿me sigue usted creyendo
sin importancia?
AMP. No, ya estoy convencida
de lo contrario.
Se suprimen las pruebas;
me he equivocado.
JOAQ. ¿Y qué diremos (La da el brazo.)
cuando Luis nos contemple
tan de bracero?
AMP. Que el hombre no ha nacido
para cartujo;
que todas no son malas,
y que en el mundo,
de grado ó fuerza,
los hijos de Adan buscan
las hijas de Eva.
JOAQ. Sabe usted, prenda mia,
que habrá aquí guerra
si son como usted todas
las madrileñas.
AMP. Usted se engaña;
la mujer, cuando es lista,
no tiene patria!
Ya nazcan en el suelo
de Andalucía,
ya sean valencianas
ó vizcainas,
aragonesas,
catalanas, canarias,
y hasta gallegas,
nacen, y es su defensa,
con el instinto
que les dió la serpiente
del paraiso;
y aunque ellos manden,
habrá siempre manzanas
donde haya Adanes.
Fiarse de nosotras
es lo más cierto,
ya que hasta el que más duda
cae sin remedio;

en nuestros brazos,
por muy duros que sean,
caerá más blando!

ESCENA VIII.

DICHOS, EDUARDO, por la izquierda.

EDUAR. Qué es esto? pues no decias?...
AMP. Te compusiste ya el cuello?
EDUAR. Sí... está bien?
AMP. Perfectamente...
EDUAR. Pero no me explica eso..
AMP. Has cometido una falta
terrible...
EDUAR. No te comprendo...
AMP. Yendo con una señora,
qué galante caballero
deja que salte un boton?
EDUAR. Pero, prima...
JOAQ. Y del pescuezo?
AMP. Justo! quedarse torcida
la camisa y el pañuelo.
JOAQ. Y sacar al aire libre
todo el cútis ó pellejo...
EDUAR. Usted tambien?...
JOAQ. Pues es claro...
si á mí me pasa... me muero!
AMP. Te pusistes en ridículo,
y ese es un mal sin remedio...
JOAQ. Pero qué... tan mal estaba?...
AMP. Primo mio, yo lo siento,
pero en un chico elegante
no es perdonable ese exceso...
EDUAR. Se abrió el ojal, y ya ves,
por mucho que yo... hasta creo
que tú me diste un tiron...
AMP. No hablemos más.—Te prometo
no publicar la aventura...
JOAQ. Tambien guardaré silencio
siempre que usted nos evite
su desagradable encuentro!...

EDUAR. Pero hombre!
AMP. Un descamisado!...
JOAQ. Justo... casi un pordiosero...
AMP. Y dice que hasta se acuesta
con guantes...
EDUAR. Sí... en el invierno!
JOAQ. No puede ser...
AMP. Primo mio!
imposible!...
JOAQ. Caballero!...
(Saludando cómicamente.)

ESCENA IX.

DICHOS, ADELA, D. LUIS, del brazo, despues D. Juan.

ADELA. Dónde van ustedes?
JOAQ. Calla!
qué haces tú así?
ADELA. Viene preso!
JOAQ. Pero Luis...
LUIS. (Cómo le digo...)
tú salias de bracero
con Amparito.
JOAQ. Mas yo
he tenido mucho ménos
desengaños... soy más jóven...
LUIS. Vamos, ya pareció aquello...
la edad,—¿qué tiene que ver?
ADELA. (Conque tú tambien?...
AMP. Silencio...)
ADELA. No cumple usted lo jurado...
LUIS. Vaya si cumplo...
AMP. Y qué es ello?
LUIS. (Se va este á burlar de mí!...
Valor... no tiene remedio...)
Estoy en un compromiso,
y francamente, no acierto!
EDUAR. Se le ha roto á usted un boton
tambien?
LUIS. Qué?
EDUAR. Porque si es eso,

mis primas no lo perdonan...
su pudor... era del pecho?

LUIS. Sí, tambien es un boton...
pero es un boton de fuego,
y ¿qué quieres?... me ha tostado...

ADELA. No va bien!... Usted me ha hecho
una promesa formal,
sin la cual... me vuelvo adentro,
y bailo con aquel jóven
buen mozo...

LUIS. Sí; un granadero
que ha alcanzado con la mano
una lámpara... el mastuerzo...

JOAQ. Esperamos...

ADELA. Conque, ¿qué hago?

LUIS. (¡Ay, lo que puede un buen cuerpo!)
Joaquin... los dos en Sevilla
hicimos el juramento
de no mirar á mujer
nacida para un remedio;
de huir de sus atractivos,
de aborrecer sus enredos,
de escaparnos de sus garras,
y de morirnos solteros...

JOAQ. Es verdad, tú me obligaste...
y como que eras más viejo...

LUIS. Ejem! Juramos...

JOAQ. Y qué?...

LUIS. Que soy un bárbaro... un necio,
un infeliz... que declaro
y hago público y confieso,
que estoy por una mujer
sufriendo cada mareo
que me mata... que renuncio
á mi estúpido proyecto,
que me casaré muy pronto,
y que en libertad te dejo
de hacer lo mismo que yo...

AMP. Si ántes no lo hubiera hecho!

LUIS. Qué...

JOAQ. Si... parece que así
de noche... los juramentos,

de cierto género sufren
espantosos contratiempos...

LUIS. Con que estabais arreglados?...

JOAQ. Yo no sé cómo se ha hecho...

LUIS. Dije ya el «yo pecador?»

ADELA. Perfectamente!

LUIS. Y el premio!

ADELA. Este es... (Dándole la mano.)

LUIS. Yo no he visto mano (Besándola.)
que más me ataque á los nervios...
Chico, busquemos al tio...

ADELA. Triunfamos!...

EDUAR. Ah! ya comprendo...
el boton era de aquí...
(Señalando á la muñeca.)
ella le cogió, y por eso
usted la besa la mano!

LUIS. ¡Es un chico de talento
su primo de ustedes!...

ADELA. Vamos!...

EDUAR. Tio, venga usted corriendo,
ya han hecho todos las paces.

JUAN. Calla!

ADELA. Sí señor...

JUAN. Celebro...

LUIS. Y si usted nos lo permite,
del baile nos marcharemos
ahora mismo, acompañando
á sus sobrinas.

JUAN. No tengo
inconveniente ninguno.

JOAQ. Y mañana ya hablaremos...

JUAN. Ah!

ADELA. Sí señor...

AMP. Los dos quieren...

EDUAR. Qué es lo que quieren?...

LUIS. Queremos
que sea usted nuestro primo...

EDUAR. Demonio!

AMP. (Los dos cayeron!)

JUAN. ¿Mas qué dirán cuantos saben
que odiaban al bello sexo,